

Nuevo Plan Militar de Hostigamiento a Nicaragua Presentará el Senado de EU

(Ver parte media, 1a. a 4a. Cols.)



EXCELSIOR

EL PERIODICO DE LA VIDA NACIONAL

Registrado como Artículo de Segunda Clase en la Administración de Correos, el 18 de marzo de 1917



AÑO LXXII — TOMO IV

FUNDADOR:
RAFAEL ALDUCIN

DIRECTOR GENERAL:
REGINO DIAZ REDONDO

MEXICO, D. F.—MARTIS 2 DE AGOSTO DE 1988

GERENTE GENERAL:
JUVENTINO OLIVERA LOPEZ | NUMERO 25,985

Inflación Mensual Media, 5.9% de Enero a Junio: Canaco

Era Engañoso el Monopolismo del PRI

Desdramatizar la Política

- ★ Necesario Distinguir a los Demócratas Frustrados
- ★ El Pueblo Quiere Cambios, no "Atole con el Dedo"
- ★ La Oposición Debe Practicar lo que Predica

MODESTO SEARA VAZQUEZ

El sistema político mexicano está en crisis; eso es evidente, pero no lo es tanto la determinación de las dimensiones de esa crisis. Por ejemplo, los resultados de las últimas elecciones, suelen describirse como sorprendentes, cuando lo único sorprendente es que hayan tardado tanto en producirse.

Que era necesaria una transformación de la vida política mexicana no se podía discutir desde hace mucho tiempo. Quien esto firma, escribía el 27 de noviembre de 1975: "La insistencia general en apuntar y condenar no pocos vicios políticos, empieza a hacer pensar a muchos sectores... (en) una ofensiva general, orientada a modificar profundamente ciertas actitudes mentales, que constituyen la esencia de una cultura política pasada de moda y que pide a gritos su sustitución". También defendíamos la conveniencia de procurar la evolución desde dentro, considerando "lamentable y suicida... pretender el mantenimiento del sistema sin tocarlo, pues el inmovilismo y la inacción ante los problemas que se van acrecentando harían que las soluciones se plantearan, no dentro sino fuera, y no por la vía racional del diálogo, sino por la irracional de la

SIGUE EN LA PAGINA DIEZ

DESDRAMATIZAR LA POLITICA

Sigue de la primera plana

violencia".

Esta caída en el pecado de vanidad, muy propio de los intelectuales, de citarse a sí mismos y presumir de haberse anticipado a los acontecimientos, puede ser excusada si añadimos que en realidad no tiene el propósito de aclarar el pasado, sino de dar peso a lo que vamos a añadir, pues se da una curiosa coincidencia de que estos comentarios críticos que anteceden, fueron formulados en un momento en que algunos de los que hoy constituyen la punta de lanza de la crítica contra el sistema, eran entonces los celosos guardianes de la ortodoxia del mismo sistema.

La primera comprobación que es forzoso hacer ha sido formulada ya en múltiples ocasiones; en una de ellas, por Carlos Salinas de Gortari, la persona que, según todas las apariencias, tendrá en su mano darle reconocimiento práctico: el sistema político mexicano ha salido del unipartidismo "de facto" al pluripartidismo.

Sin embargo, no compartimos las alabanzas que indiscriminadamente se anticipan a este nuevo sistema.

Primero, porque aunque en principio se considera positivo un sistema de partidos porque se supone que refleja adecuadamente una realidad social plural, queda por ver todavía, de qué modo van a funcionar los partidos que han de salir de estas elecciones. Hay que esperar, para ver si constituyen organizaciones permanentes o si comienzan a desmovilizarse al concluir la fase electoral; si practican internamente la democracia que predicán, o si se convierten en presa de sus burocracias partidistas; pues el país no entiende el cambio como una simple sustitución de nombres, sino como una modificación de la práctica política.

En segundo lugar, el monopolismo del PRI siempre ha sido engañoso, y sólo era una fachada tras la que se cobijaba el pluralismo del país, que no encontraba expresión en partidos elementalmente organizados. Dentro del PRI funcionaban grupos diferentes, que en muchos casos reflejaban ideologías encontradas.

Esto constituía al mismo tiempo la fortaleza y la debilidad del PRI, porque si por un lado no era un verdadero partido (partidista o partidario), sino prácticamente un órgano del Estado, que pretendía integrar la representación de todos los sectores nacionales, por otra parte esta diversidad en los principios y la composición, lo dejaba desprovisto de una ideología definida, y lo sumía en contradicciones políticas, debido al choque de intereses contradictorios que se reflejaba en los bandazos periódicos que tenían que dar los gobiernos priistas, obligados a la tarea imposible de satisfacer a unos y a otros.

Este juego de equilibrio político acabó al final resumiendo en dos cosas: principios vacíos e inaplicados y disciplina interna estricta, situaciones ambas que hacían imposibles los dos requisitos que garantizan la vida de un partido político (y su eficacia a largo plazo), la ideología y la democracia.

Otra consecuencia de ello fue la parálisis de la maquinaria gubernamental en situaciones de emergencia; pues dado que no había ni ideología ni democracia interna, sólo se actuaba en función de la línea que se recibía. Cuando no había línea, nadie asumía responsabilidades, pues la acción llevaba consigo el riesgo de equivocarse o, caso de acertar, provocar malas inter-

pretaciones, mientras que la inacción siempre tenía la excusa de la disciplina.

Curiosamente, este sistema, que dentro del PRI se caracterizaba por una ideología real distinta de la programada, y por la ausencia de democracia, coexistía en el país con un nivel de libertad que puede considerarse, con toda justicia, relativamente alto y superior desde luego a la que tiene la inmensa mayoría de los países del mundo.

En el medio político, de la información, intelectual y académico, los ámbitos de libertad se han ido ampliando mucho con el tiempo, en los últimos treinta años, y no es lícito arrojar sobre los gobiernos del país la culpa de la corrupción de muchos de los miembros de esos diversos medios; sobre todo cuando los que se quejan son los demócratas por falta de oportunidad; es decir, los que querían pero no fueron corrompidos.

En todos los países del mundo abundan los medios que tratan de disfrazarse como luchadores contra el "establishment". En honor a la verdad, también hay que decir que muchos verdaderos luchadores por la libertad y el progreso son acusados de mediocres y resentidos por el "establishment"; por ello es importante que los pueblos sepan distinguir entre los demócratas por frustración y los que actúan sinceramente.

Los rasgos "sui generis" del sistema político mexicano no eran una garantía de supervivencia, y de ahí que el camaleón que es este sistema político, tratará de ir cambiando, para reflejar una sociedad cambiante como la mexicana. Los acontecimientos de 1968 mostraron la necesidad de abrir canales de expresión, para evitar la violencia y, efectivamente, el sistema inició un cambio, sutil en un comienzo, limitado quizás al discurso político, pero que visto en perspectiva resultó un gran paso hacia adelante, porque implicaba la ruptura de la inercia y el inicio de un viraje.

En los años siguientes, el gobierno empezó a adoptar medidas que abrieron el camino a la transformación de la vida política, permitieron el fortalecimiento de la sociedad civil y llevaron a la revitalización de unos partidos que no tenían gran trascendencia, pero a los que se les dieron medios para empezar a hacer sentir su presencia en el país. En particular, debe mencionarse la introducción de una modalidad particular de la representación proporcional en la Cámara de Diputados, y el acceso libre a los medios de difusión (TV).

Probablemente, los partidos habrían surgido de todos modos, de una sociedad en transformación como la mexicana, pero es justo reconocer que la iniciativa para impulsarlos se tomó desde el gobierno y que con ello se evitaron los traumas sociales que se han producido en otros países, cuando los gobiernos no facilitaron sino que dificultaron la formación y desarrollo de los partidos.

En este contexto ¿qué representan los resultados del 6 de julio? Nada sorprendente. El pueblo mexicano desea cambios. Eso lo sabía todo el mundo desde hace tiempo, y ahí está, como muestra, aquella "intrigante" frase de alguien que en su día quiso capitalizar un evidente sentimiento popular y la hizo poner en los autobuses de la Ruta 100: "Movimiento para el cambio". Lo que pasa es que el pueblo quiere cambios reales y no atole con el de-

do. Por ello dio sus votos a las opciones más creíbles: al PRI-1, con Salinas de Gortari; al PRI-2 con Cuauhtémoc Cárdenas y al único PAN que le presentaron, que es el de Clouthier.

La interpretación del voto del PAN, esta vez no ofrece dificultad alguna: es un voto de la población conservadora que existe en México. En el pasado, era imposible distinguir los que eran votos reales en pro del PAN y los que eran simplemente votos de castigo en contra del PRI; pero esta vez había la posibilidad de votar contra el gobierno, sin votar por la derecha. No habrá muchos que crean que los numerosos votos del Frente Cardenista fueron conseguidos por el PMS, el PARM, el PPS o el PST. Fueron votos concedidos a un PRI ideal, un PRI ideologizado y democratizado, pero a fin de cuentas un PRI.

Es difícil olvidar que Cuauhtémoc Cárdenas (que al dejar el PRI se fue a su "alter ego", el PARM) es hijo de un gran presidente, surgido del sistema de la Revolución Mexicana; que Porfirio Muñoz Ledo fue presidente del partido; y que los principales cuadros de ese movimiento son cuadros procedentes del PRI. ¿Dónde está entonces la

gran diferencia? Eso es lo curioso; que no hay gran diferencia real, pues ni siquiera se puede encontrar en el discurso político. Algunos observadores la ven en la insistencia en la lucha al fraude electoral, pero esa no es ninguna novedad, si recordamos lo del "sufragio efectivo"; el problema es hacerlo realmente efectivo y no su simple proclamación. Encontrar la diferencia en la petición de moratoria de la deuda o de la reestatización de muchas empresas, tampoco puede hacer olvidar el hecho de que ese es un debate interno que todavía continúa dentro del mismo PRI. Y en cuanto al combate a la corrupción, la renovación moral, promovida por el actual presidente, le quita novedad.

El claro mensaje popular que puede percibirse en los resultados electorales es de fatiga por las viejas fórmulas y rituales y el deseo de algo nuevo. Se le quiere dar a la acción política el carácter de acto de servicio; pero los electores descontentos con la actual situación no se han ido a la busca de opciones extremas sino que parecen buscarlas en el mismo sistema. Ahora la cuestión es cómo responder a esa aspiración general.

La respuesta puede venir

de dos lados: del gobierno próximo (si, como parece va a ser priista), con un desmantelamiento progresivo del corporativismo falsamente democrático, que se había ido imponiendo en el país. México no puede ser botín de guerra de grupos de interés (de la iniciativa privada, de algunos líderes sindicales, o de grupos políticos). Por medio de sus representantes, libremente elegidos, el pueblo decide quién lo gobierna y el tipo de gobierno.

Las leyes democráticamente promulgadas se respetan y se aplican y nadie tiene derecho a tratar de negociar su aplicación. Un gobierno de Salinas de Gortari podrá enfrentarse a las pretensiones antidemocráticas de los grupos de presión, en una situación más favorable que la que le tocó a su predecesor. En primer lugar, porque la situación económica del país ya no es tan desesperada como la que le tocó heredar a Miguel de la Madrid, y el próximo gobierno puede (y debe) ya orientar su política económica a un desarrollo moderado, como parte de un proyecto económico que, por primera vez, puede mantener la coherencia económica más allá de la duración de un sexenio.

En segundo lugar, porque

las presiones y chantajes sobre el gobierno, ya no van a ser tan fáciles; a la llamada iniciativa privada, incapaz, contradictoria (pide economía de mercado y protección del Estado al mismo tiempo) y rapaz, se le puede recomendar que siga votando por el PAN, que es su partido natural; y a los sindicatos corruptos se les debe recordar su impotencia, para conseguir votos para el PRI. Por ello, un gobierno priista puede ahora responder a los deseos de los verdaderos votantes y colocar en su justa dimensión a los supuestos intermediarios de la voluntad popular.

El cambio también puede venir desde la oposición. Al respecto son pertinentes algunas reflexiones, que se refieren tanto a la legitimidad como a la eficacia del futuro gobierno. Sobre lo primero, las fuerzas de oposición continúan la campaña iniciada desde antes de las elecciones, e insisten en que su profecía de que el gobierno iba a manipular los resultados, se vio confirmada por la realidad.

Desde luego que es imposible, desde afuera, darles o no la razón, dado que no estamos en posibilidad de llegar a los datos originales, pero nos preguntamos si las fuerzas de oposición dispo-

nen de tales datos (distintos de los del gobierno), y si es un método aceptable, extrapolar a todo el país los datos de que disponen, que fueron adquiridos en las circunscripciones electorales en las que, por estar en posibilidad de controlarlos, hemos de asumir que eran las más favorables para ellas. Por nuestra parte, dado que no creemos en los milagros políticos, no nos parece fácil que una simple coalición electoral voltee efectivamente los resultados de las votaciones en las elecciones generales, de tal modo que un partido que fue el ganador sistemáticamente durante varias décadas, de pronto pierda por tan grande diferencia como se quiere hacer creer.

Nuestra suposición es que el Frente Cardenista ganó en los lugares en los que fue capaz de crear una organización o ejercer una presencia política y hacer llegar su mensaje, y ello significa el Distrito Federal y zonas aledañas, Michoacán (por razones de orden histórico) y Guadalajara; pero en el resto del país, que es la mayoría de la población, es difícil aceptar que sin una organización política eficaz se haya podido modificar a tal grado, el sentido de las votaciones. Los que espontánea-

mente hubieran querido votar esta vez contra el PRI, lo habrán hecho ya en el pasado, y no eran de esperar cambios dramáticos en el sentido de la votación; así que los indicios apuntan a una victoria del candidato del PRI, aunque sea por un margen reducido.

La cuestión de la posible eficacia del próximo gobierno también provoca algunas reflexiones. La primera es que (descartado el PAN, que parece indiscutible que quedó en tercer lugar) la opción gubernamental queda reducida a dos personas: Salinas de Gortari y Cuauhtémoc Cárdenas. El primero, verá sus opciones políticas reforzadas (en un sentido) o reducidas (en otro), según señalábamos antes, al comentar sobre el cambio político desde el gobierno.

En cuanto al segundo hay una conclusión que se impone: no será conveniente, ni para el país ni para el mismo Cuauhtémoc Cárdenas, que en estas circunstancias subiera a la presidencia. Basta preguntarse qué posibilidades tendría de gobernar frente a la totalidad de los gobernadores de los Estados y la aplastante mayoría de los presidentes municipales o de la administración, que todavía

SIGUE EN LA PAGINA ONCE

Desdramatizar la Política

sigue de la página diez

es o está controlada por el PRI. Es cierto que en unos meses podría intentar modificar el equilibrio de fuerzas, pero no creemos que pudiera hacerlo con la rapidez y con la profundidad suficientes para gobernar con eficacia. Al final de cuentas el resultado sería un Cuauhtémoc Cárdenas presidente, condenado a la ineficacia y por ella al desprestigio en muy poco tiempo.

Para anular la resistencia pasiva (o activa) contra su gobierno no tendría la posibilidad de apoyarse en una organización partidaria eficaz, pues carece de un partido fuerte. Su coalición electoral, como todas las coaliciones, tiene una vida precaria; porque resulta muy difícil armonizar permanentemente intereses tan distintos como los que lo han apoyado en la campaña.

Con todo, el Frente Cardenista ha logrado algo muy importante para el país, que es haber actuado como catalizador de las fuerzas a la izquierda (y de la izquierda) del PRI, asegurando su presencia en la Cámara de Diputados, en donde de ahora en adelante se puede anticipar un debate político real y positivo. Pero, precisamente por esa posibilidad que se ha abierto, el Frente ha adquirido una grave responsabilidad ante todo el pueblo mexicano, y cometería un grave error si, en la precipitación por ocupar la presidencia, se expusiera a perder lo ganado.

Su plan de acción debe ser a medio plazo: a) no continuar en la campaña de descrédito a un proceso político del que deriva su legitimidad (independientemente de las protestas de principio que considere oportuno formular); b) prepararse para ejercer una oposición eficaz, ofreciéndose como portavoz de las reivindicaciones populares frente al gobierno y tratando de mejorar su imagen; c) esforzarse en crear una organización política más estable y más fuerte que la precaria coalición en la que se apoya, lo cual exige pensar en un proyecto político realmente innovador y extender la organización por todo el país; d) trabajar con un horizonte mínimo de tres años, con vistas a conseguir la mayoría en la Cámara de Diputados en ese plazo y, desde esa plataforma, luchar seriamente por la presidencia dentro de seis años.

Si el Frente no actúa con inteligencia y si es incapaz de poner en marcha un proyecto de medio y largo plazo, corre el gran riesgo de que la victoria relativa que acaba de conseguir en las elecciones generales se quede en un episodio sin mañana.

Sólo el inicio de un proyecto tan ambicioso como ese podrá hacer de la empresa que representa el Frente, algo serio y alejará las dudas que sienten muchos acerca de si no se trata de una simple lucha por el poder personal. Subir a la presidencia sin una base política (organización) de apoyo es condenarse al fracaso, pues una cosa es subir a la presidencia desde el PRI y otra muy distinta subir a ella en contra de una organización tan poderosa como es (todavía) ese partido.

En efecto, uno de los mitos más consistentes del sistema político mexicano es el del poder ilimitado del Presidente. Es cierto, que el Presidente de la República puede decir lo que quiere e incluso puede decidir lo que quiere; el problema es hasta dónde sus decisiones pueden ser eficaces. Deben recordarse los factores reales de poder dentro de la sociedad mexicana, como el sector empresarial o los sindicatos. Ni siquiera en esa gran decisión que se dice ha correspondido tradicionalmente a los más recientes presidentes de México, la designación del candidato a sucederlo son totalmente libres, pues hay per-

sonas que ellos saben muy bien que no pueden proponer. Alguien ha dicho que ellos pueden mover el dedo, pero no pueden ignorar hacia dónde va el brazo.

Por eso también es exagerado personalizar en el presidente el éxito o fracaso de un gobierno. Es exagerado y es muy cómodo para los críticos espontáneos. Ojalá fuera el problema tan sencillo: que con un cambio de presidente se resolviera.

★

Hoy la crisis que vive México no es sólo una crisis del sistema político; es una crisis de la sociedad entera, y en ella todos tenemos una parte de responsabilidad. Probablemente el sistema político ha favorecido la adopción por la sociedad mexicana, de una serie de falsos valores culturales, pero también el sistema ha sido posible porque ha respondido a ciertas actitudes sociales que es necesario ya corregir.

Desde arriba, el gobierno ha puesto en marcha un proceso de modernización del sistema, para que responda a las transformaciones de la sociedad mexicana; a esa iniciativa debe responder la sociedad con una actitud abierta, deben responder los partidos de oposición desempeñando, decidida y lealmente su pa-

pel y también tiene derecho a responder el partido gubernamental, que si realiza las transformaciones necesarias (ideologización y democratización) podría seguir siendo todavía durante largo tiempo el partido hegemónico, aunque sea dudoso que pueda volver a monopolizar la vida política del país, como la ha hecho en el pasado. El PRI puede parafrasear a Mark Twain y repetir que los rumores respecto a su deceso son muy exagerados.

Se ha entrado en un momento de transición, hacia algo que no está perfectamente definido todavía; pero si no hay camino, se puede, como dijo el poeta hacer camino al andar. Lo que hace falta ahora, es llevar la lucha política, del apasionamiento electoral al diálogo constructivo, en el que la pertenencia a partidos o facciones diferentes, no se vea como un hecho que origina enemistad, sino como una forma distinta de participar en la misma tarea común: la construcción de un México más justo y más grande. Hay que desdramatizar la tarea política y debe procurarse a toda costa mantener el debate dentro de los límites civilizados del respeto al adversario, que a fin de cuentas no es otra cosa que un modo de respetarse a sí mismo.